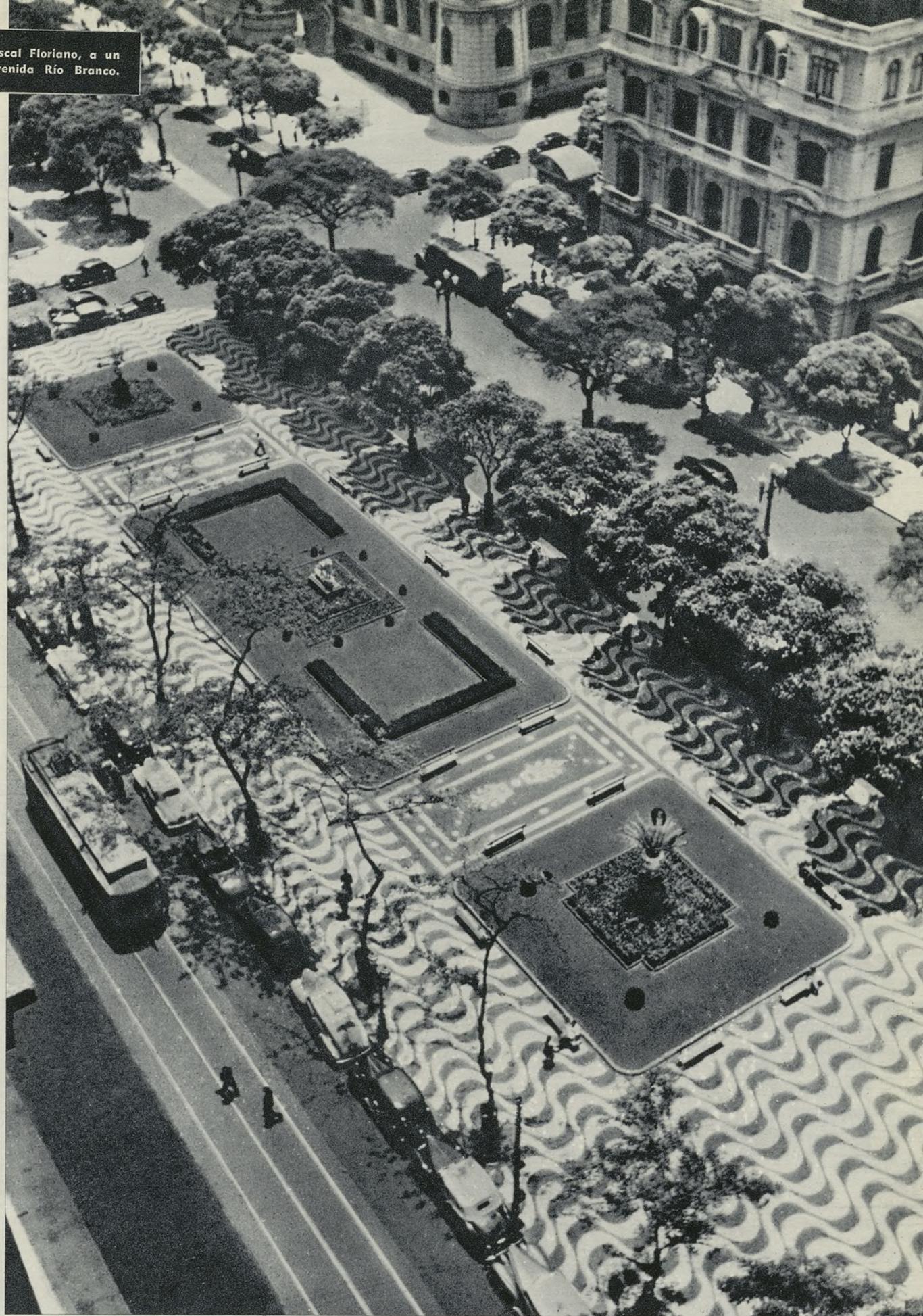


Plaza del Mariscal Floriano, a un lado de la Avenida Río Branco.



RÍO, CIDADE MARAVILHOSA

Por JOSEFINA PEÑA



VER Río, y después morir, diríamos, remedando la frase referente a Nápoles, aunque Río no pueda compararse a Nápoles ni a ninguna otra ciudad del mundo.

Esta «cidade maravilhosa cheia de encantos mil», como canta una de sus marchinhas, es única. Extraordinariamente lujosa—lujo de sus calles y lujo de su cielo, su mar, su naturaleza espléndida—, parece, al contemplarla, que el Cristo del Corcovado, divino centinela en el más alto pico, se complaciera en embellecerla en todos sus aspectos para recrearse en su contemplación.

No hay viajero que al llegar a su bahía no emudezca de asombro y sienta humedecerse su mirada, penetrado de emoción. Lo primero que impresiona es el color. Color jamás visto hasta entonces, y el olor. La sensación es varia e inolvidable. Hay una fragancia especial en el am-

biente, traída, quizá, desde su selva espesa, estremecida por la brisa impregnada del aroma de las «borbolletas» silvestres y las orquídeas salvajes. Fragancias nuevas a nuestro olfato europeo.

Después, sus playas libres, hermosas, limpias. Abiertas a todo el mundo, hospitalarias y amigas. Prontas a calmar el cansancio y la quemadura del sol, sobre su fina arena de oro pulverizado.

Luego nos sorprende el cuidado meticuloso de sus calles, con su pavimento adornado de caprichosos dibujos en color, sus edificios magníficos, sus «arranhaceus»... Cinelandia, con sus cines suntuosos, frescos, confortables, y los fastuosos casinos.

Y, por encima de todo, la cordialidad exquisita de sus habitantes. Porque las atenciones que se reciben en Río no se pueden olvidar jamás.

Y es natural. Los poseedores de tal maravilla tienen, por fuerza, que ser felices. Y la felicidad hace buenos a los hombres.

—¿Fica?—nos preguntan, quizá extrañados de que, después de haberlo conocido, nos queramos ir de aquel paraíso.

Por su gusto, todos «ficarían». Su casa es de todos.

Pero aun hay algo más que nos maravilla: su luna. Esa luna tan grande y tan clara que permite leer perfectamente a su luz. ¡Noche de luna en Copacabana! ¿Quién podrá olvidarte, después de haberte visto una sola vez, sobre el mar o escondida en los verdes celajes de la Fonte da Saudade?

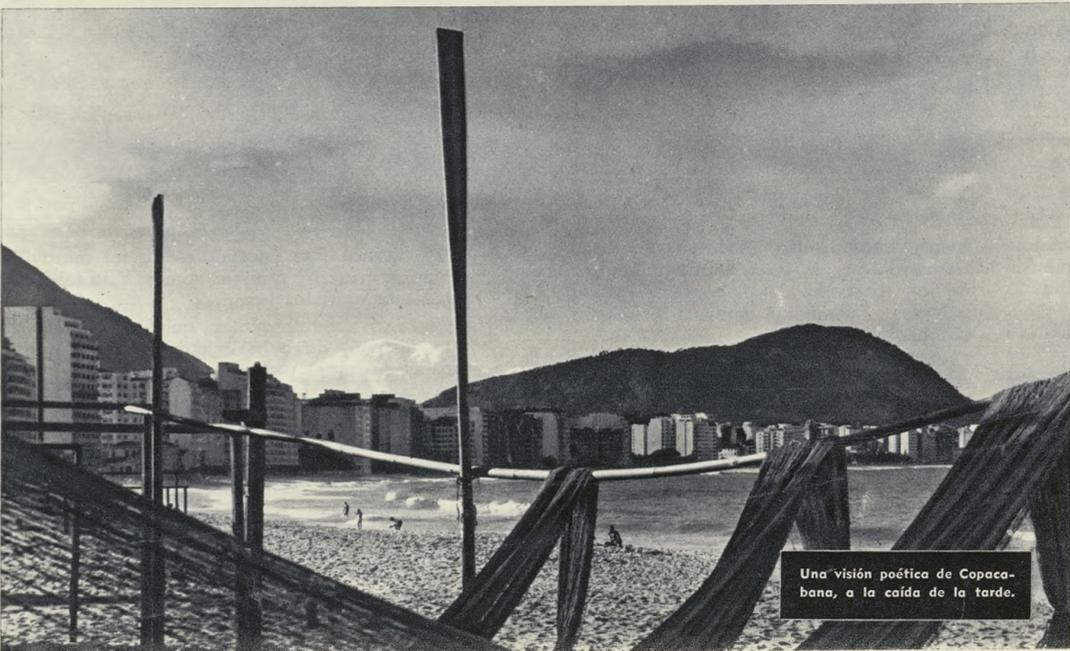
Por la noche, cansados de pasear y admirarlo todo, ya en el hotel, nos hemos asomado al balcón, y una emoción aun más fuerte que las



La bahía de Río de Janeiro, vista desde el Pan de Azúcar.



Vista parcial de Río. En el centro, el Ministerio de la Guerra.



Una visión poética de Copacabana, a la caída de la tarde.



La ensenada de Botafogo y la entrada de la bahía.

anteriores nos inmoviliza: suspendido en el espacio, luminoso y resplandeciente, está Jesús. Con sus dos brazos abiertos, como en una ofrenda de paz y protección, parece decirnos: «Dormid, descansad, que Yo velo»...

Al día siguiente hemos subido al Corcovado, para ver aquella imagen de cerca. Tomamos el funicular y subimos por entre árboles gigantes hasta la explanada que se halla a los pies del Cristo. El monumento es grandioso. Situado a 710 metros de altura, la imagen mide 38 metros: la abertura de sus

brazos, 30. Está rodeado de reflectores de gran potencia, según el sistema de iluminación ideado por Marconi, quien por su propia mano dió luz al monumento el día de su inauguración.

El panorama, desde la explanada, es bellísimo. Río a nuestros pies, y un trozo de mar sembrado de isletas, de propiedad particular, donde sus privilegiados poseedores construyen sus paraísos privados.

El espectáculo nos recuerda la Vista Chinesa, donde, tras cruzar la selva por una carretera asfaltada que conduce a una eminencia a gran altura, se domina la visión única de Río.

El Cristo Redentor del Corcovado permanece

iluminado toda la noche, desde el día en que Marconi le dió luz por primera vez. Y es impresionante verle en una noche de lluvia, quieto, sereno, manso. Y da mucha pena pensar que el agua corre por su frente y por sus ojos...

Todo, en Río, es grato a los sentidos.

Sin embargo, hay que tener mucho cuidado en los primeros tiempos, porque cuando, confiados en la facilidad del idioma, nos lanzamos a hablar, se dicen muchas tonterías, y se aplica el «voçé» a un alto personaje que nos acaban de presentar, creyendo que es un tratamiento respetuoso, y luego resulta que es mucho más confianzudo y familiar que nuestro «tú»... Y

cuando en el restaurante vemos escrito «ameixas» y las pedimos de primer plato, nos traen unas espléndidas ciruelas claudias.

Y, sobre todo, es difícilísimo hacerse a la idea de que los cepillos de dientes se llamen «escobas»...

—¿Pero, entonces, cómo se llaman las escobas?—preguntamos haciendo además de barrer.

—Vassouras...—rien ellos.

—¿Y las basuras?

—Escombros...

Y hay que dejar de preguntar, porque sería interminable y, además, nos encuentran «muito engraçada»...



El Cristo Redentor, gigantesca estatua en la cima del Corcovado.



Un aspecto del cuidado y elegante barrio del Serrador.



El estanque y la fuente del Menino, en el barrio del Serrador.



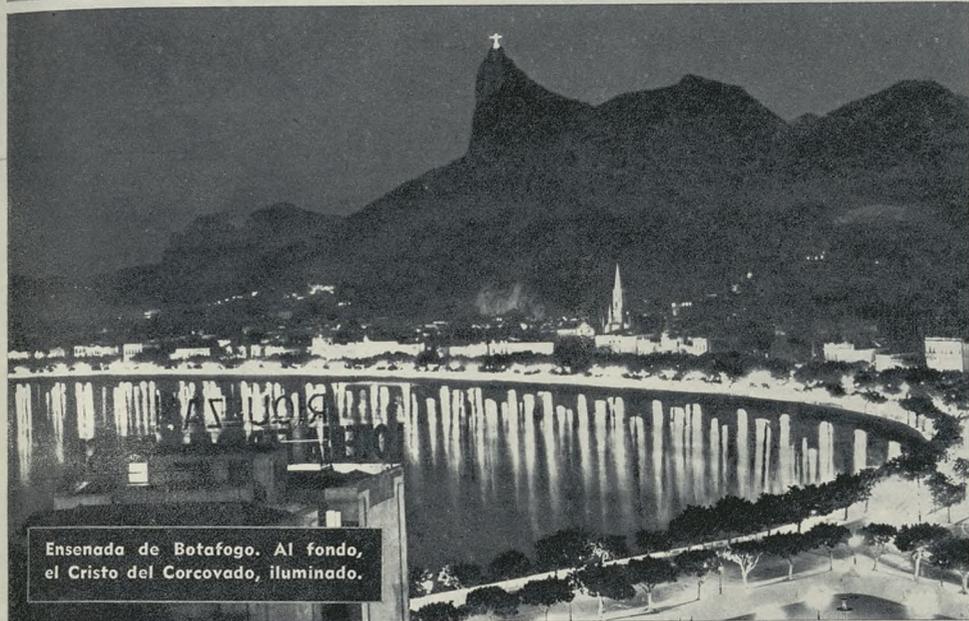
El A. B. I., edificio de la Asociación Brasileña de la Prensa.



El famoso edificio del Ministerio de Educación, del Brasil.



Río de noche. Al fondo, iluminada, la iglesia de la Gloria.



Ensenada de Botafogo. Al fondo, el Cristo del Corcovado, iluminado.

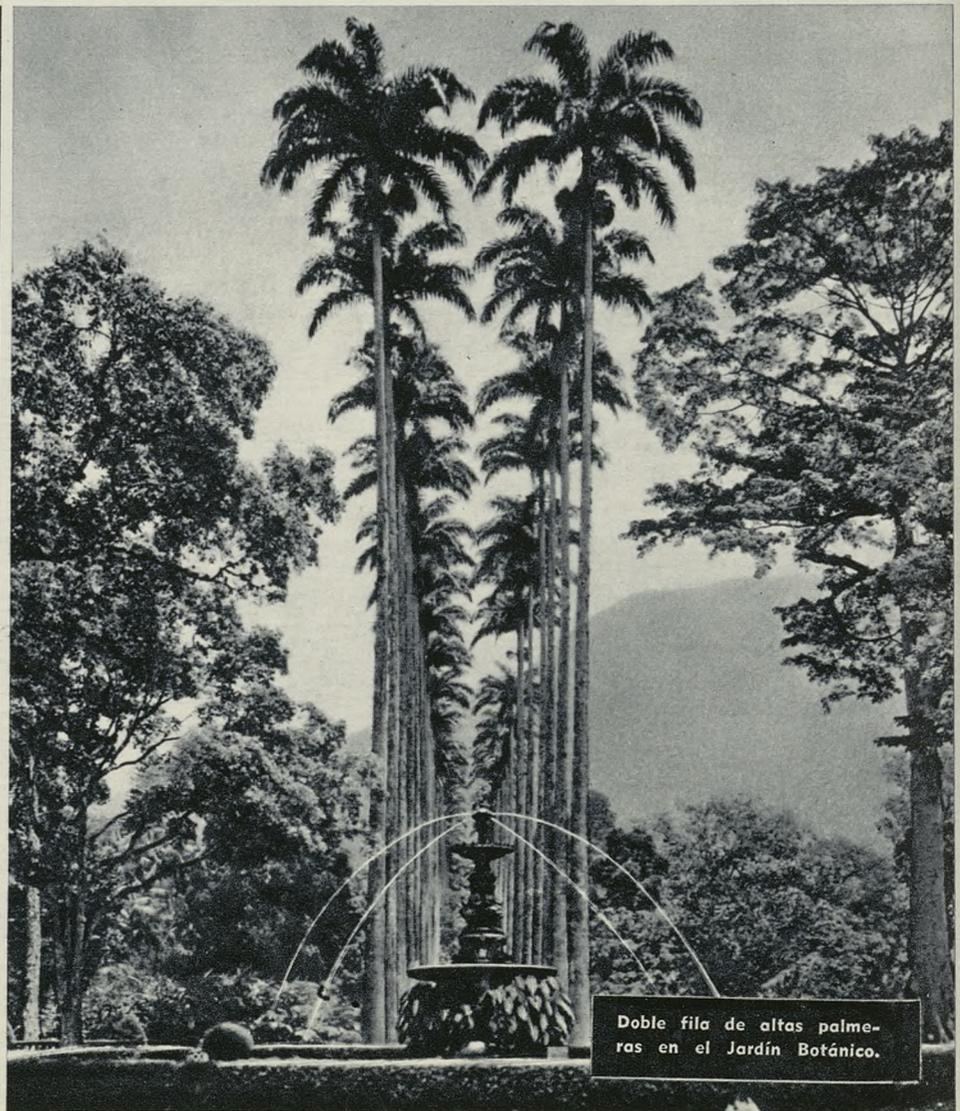


El Cristo del Corcovado permanece iluminado todas las noches.



Río de noche, visto desde el Corcovado. Al fondo, el Pan de Azúcar y su funicular.

Un vivero de «Victorias re-
gias», en el Jardín Botánico.



Una muestra de la flora ama-
zónica: la «Victoria regia».

Doble fila de altas palme-
ras en el Jardín Botánico.